

## **Te juro mi vida que no es lo que imaginás.**

La culpa fue de Don Andrés Ferreyra, habitué del cabaret El Faro de Berisso. La muerte de Ofelia pesa -o debería pesar- en su conciencia embotada. Aunque no creo que esto le quite el sueño porque por supuesto no hubo ni denuncia ni investigación policial, y porque en el egoísmo de este hombre nada logra hacer pie. Para él no existen necesidades más importantes que las suyas, por algo los empleados de su tienda lo llaman El Chupasangre, angurriente y seguidor a la hora de exigir.

Aquella noche de diciembre, húmeda y fatal, Ferreyra había llegado al cabaret más temprano que de costumbre. Había seguido de largo para la terraza, casi sin pararse a saludar a sus amigas de la barra, tratando de alejarse de la mezcla de calor, humo y colonia de mujer ordinaria que lo había lamido en la puerta. Noche difícil por lo transpirada para estar en El Faro, hasta para un habitué. La terraza no le trajo alivio. Entre tanto parroquiano y copera que buscaba inútilmente un poco de aire fresco, Ferreyra no se dio cuenta de Ofelia, sola bajo la parra. Ella en cambio lo notó en seguida. Y no era la primera vez que un hombre la atraía así, con esa fuerza ciega que siempre terminaba arrastrándola, más fuerte que cualquier puteada, que cualquier peligro.

Cuando Ferreyra se convenció de que en la terraza hacía tanto calor como adentro, bajó a tomarse otro whisky y Ofelia lo siguió sin que se diera cuenta. Él se sentó en "su" mesa, vaso en mano, enganchándose como siempre las rodillas con el largo mantel. Ella se le acercó lo suficiente como para que él notara que estaba ahí, pero la única reacción de Ferreyra fue un manotazo como de rechazo. Ni la miró. Ella, obstinada, se quedó muy cerca de él, quieta y por supuesto sin hablar, junto al respaldo. Pasaron algunos minutos y varios tragos. Mientras Ferreyra se atontaba con su whisky, ella se atontaba con el olor del hombre. Parecía que al final él había aceptado su cercanía, o que por lo menos ya no le molestaba. Entonces Ofelia se jugó. Sin que nadie la viera se metió debajo de la mesa, escondiéndose detrás del mantel largo. Alentada por la oscuridad y por la indiferencia de Ferreyra se dejó llevar por su instinto y no paró hasta atravesar el último obstáculo que la separaba de su deseo: el pantalón. El contacto directo con la piel del hombre la terminó de enloquecer. A él se lo veía un poco inquieto, pero no daba ninguna señal clara, ni de sorpresa, ni de rechazo, ni de nada. En la oscuridad viscosa de El Faro, a nadie le importaba lo que estaba pasando debajo de esa mesa.

Así pasaron unos pocos minutos, hasta que el hombre de golpe se puso pálido y el vaso se le cayó al piso. No esperaba encontrarse justo esa noche con la Tucumana. Pero ahí estaba ella, más alta que él, morochaza, parada frente a la mesa y salpicando bronca.

- Te dije que no te quería ver emborrachándote nunca más, arrancó la Tucumana sin saludar. Ferreyra estaba paralizado, las manos agarradas con fuerza a la mesa.

- Me vine al Faro porque me dijeron que te habías ido a ver a tu familia.

- ¡No ves que no te puedo dejar solo! Te levantás ahora mismo y te venís conmigo.

- Ahora no puedo.

- ¡Qué carajo no vas a poder! ¡Te venís conmigo ahora o te llevo a la rastra!

- ¡Déjame tranquilo mierda! Te digo que ahora no puedo. Andá para tu casa que yo en un rato voy.

La Tucumana estaba demasiado caliente como para irse así nomás. Agarró la mesa y la levantó en el aire, a pesar del desesperado esfuerzo de Ferreyra para mantenerla en su lugar. La mesa voló y aterrizó sobre la barra, patas para arriba, golpeando a tres en el camino. Se armó un quilombo tan grande que el encargado paró la música y fue corriendo a prender las luces. Todo el mundo en el boliche se amontonó alrededor de Ferreyra, Ofelia y la Tucumana para ver qué estaba pasando. Pálido, sin saber qué hacer ni qué decir, Ferreyra de repente la miró a Ofelia prendida de su pierna y le sacudió un golpe tan fuerte que saltó sangre. Ofelia nunca había podido entender ni una sola palabra, y nadie esperaba que empezara a entender justo en ese momento lo que decía Ferreyra, lo último que escuchó antes de morir:

- ¡Mierda qué pedazo de mosquito!